

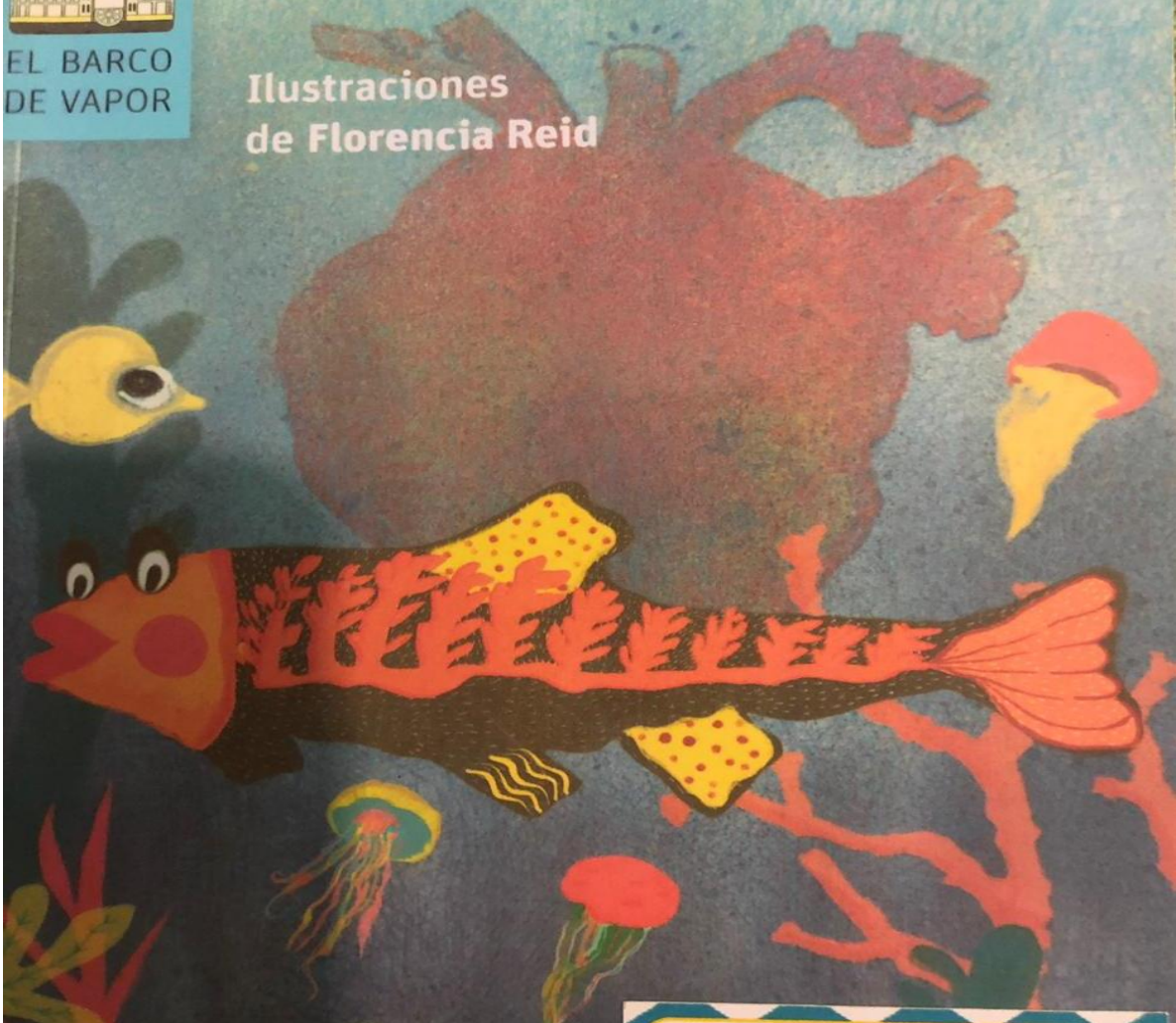


EL BARCO
DE VAPOR

Lucila a través del río

Camila Villalobos

Ilustraciones
de Florencia Reid



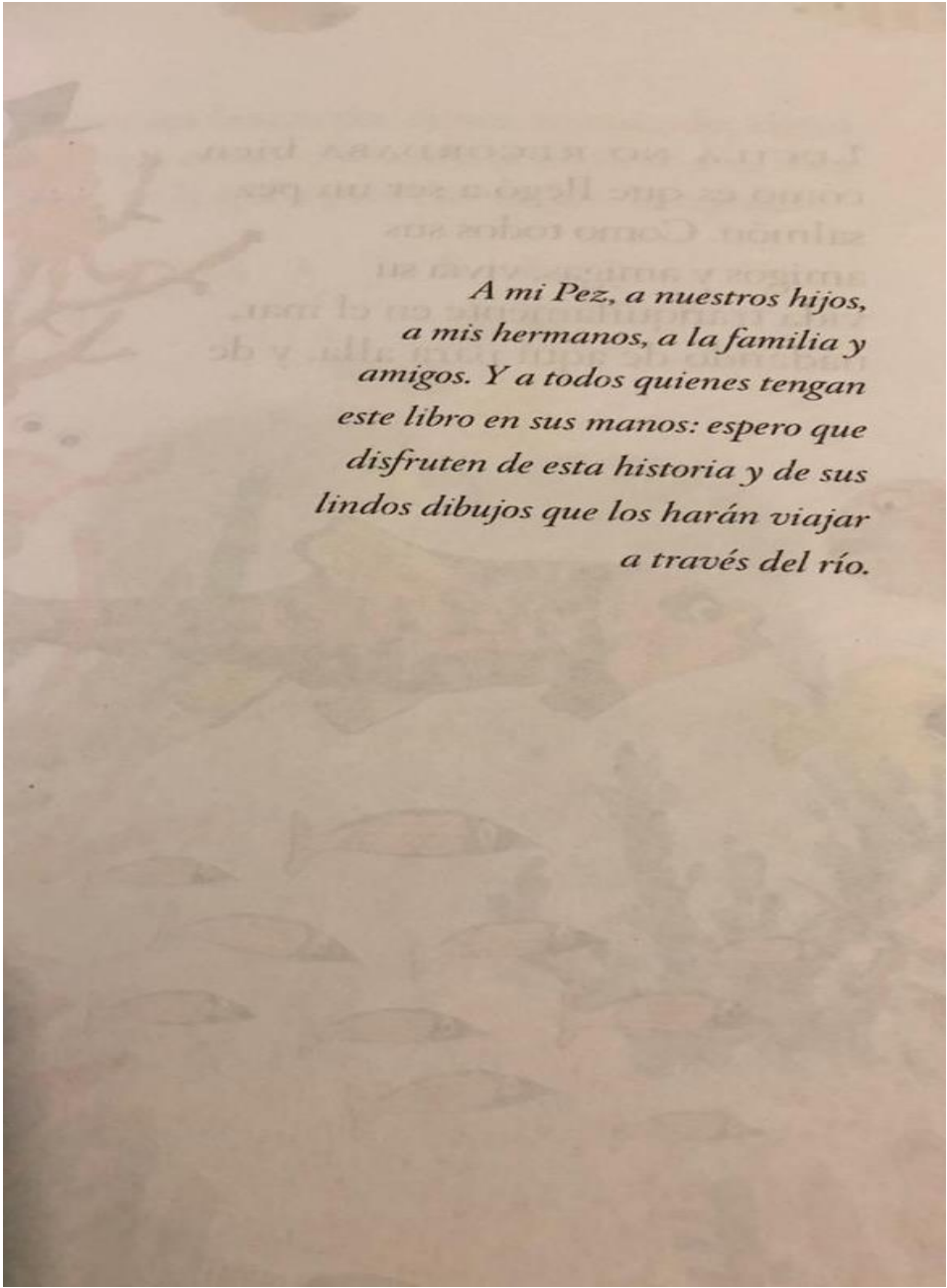
EL BARCO
DE VAPOR

Lucila a través del río

Camila Villalobos

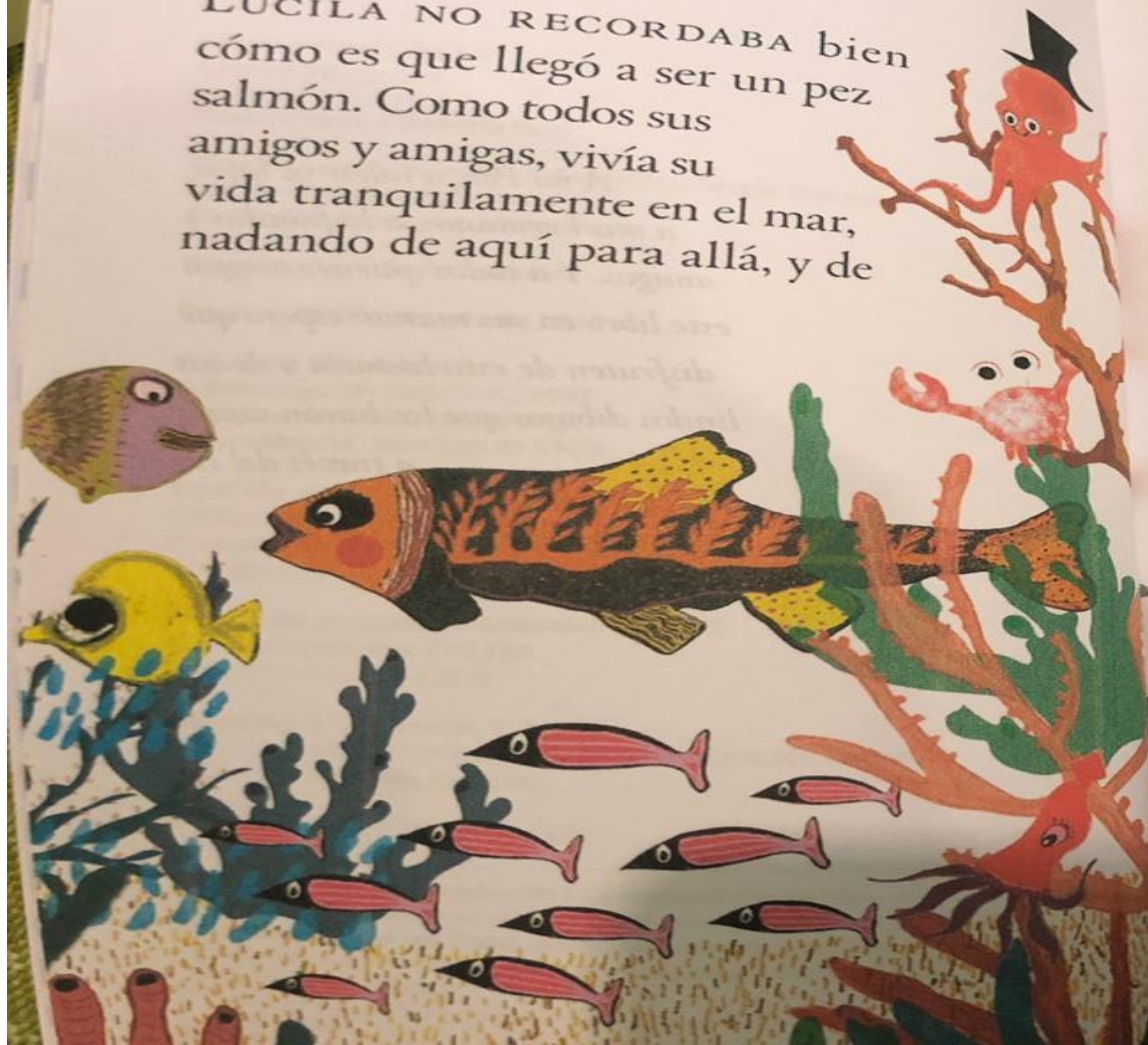
Ilustraciones de
Florencia Reid

sm

The background of the page features a faint, artistic illustration of a river scene. In the upper left, a small boat with a person is visible. Below it, several fish of different sizes and colors (yellow, orange, and grey) are depicted swimming in the water. The overall style is soft and painterly, with a muted color palette.

*A mi Pez, a nuestros hijos,
a mis hermanos, a la familia y
amigos. Y a todos quienes tengan
este libro en sus manos: espero que
disfruten de esta historia y de sus
lindos dibujos que los harán viajar
a través del río.*

LUCILA NO RECORDABA bien cómo es que llegó a ser un pez salmón. Como todos sus amigos y amigas, vivía su vida tranquilamente en el mar, nadando de aquí para allá, y de



allá para acá buscando, de vez en cuando, algún bichito que comer y descansando junto a su roca favorita, en la que a veces se rascaba la espalda.



Un día cercano al otoño, vio a una pareja de caracoles sobre su roca. Al lado de ellos apenas se podía divisar a un caracol muy chiquitito, cuya caparazón era como un granito de arena. Ansiosa y sorprendida, Lucila se acercó y les dijo:

—Hola, caracoles. Soy Lucila. Esta es mi roca favorita; siempre me rasco el lomo aquí.

Los caracoles la miraron sin decir nada. Lucila se sintió un poco incómoda y entrometida, pero no se pudo aguantar y continuó:

—Los estaba mirando y pensaba que... eso que está ahí al lado suyo... ¿cómo puede ser así de chiquitito?

Los caracoles se miraron y rieron.

—¿Es que acaso no lo sabes? —respondió el caracol—. Él es nuestro hijo. Es así de pequeño porque acaba de nacer.





—¿Nacer?! ¿Y eso qué es? —exclamó Lucila.

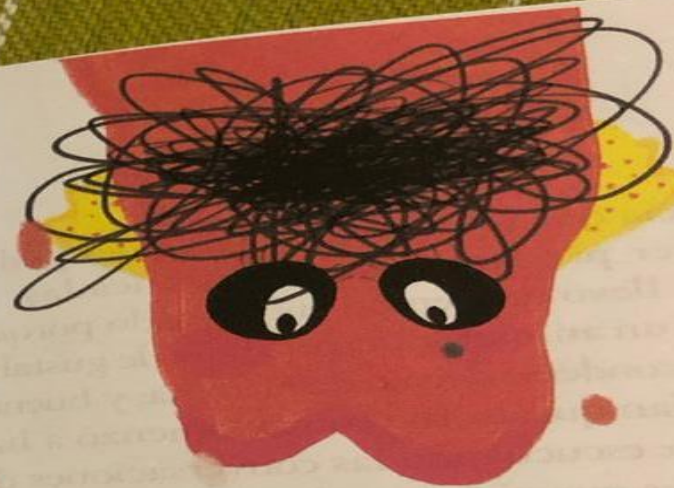
—¡Guau! Vaya pregunta... —respondió la Caracola—. Nacer es algo así como despertar; es mirar las cosas que te rodean por primera vez. Nacer es salir del huevo en el que comenzaste a vivir, una vez que eres lo suficientemente fuerte como para nadar y cazar tu propio alimento.

—¿Un huevo? ¿Y ese huevo de dónde sale?

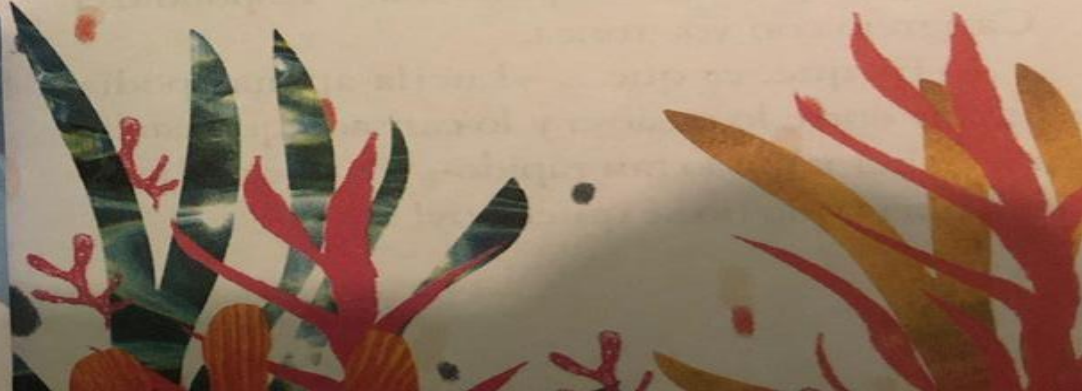
—El huevo de nuestro pequeño hijo lo creamos nosotros, por eso somos yo su mamá y él su papá. Cada uno de nosotros puso un poquito de sí mismo para que se formara.

Al oír esto, Lucila tuvo una extraña sensación: por primera vez se preguntó de dónde venía. Hasta donde ella sabía, no tenía ni un padre ni una madre, ni menos se acordaba de haber estado dentro de un huevo. Hubiese sido muy raro estar encerrada ahí.

—Su hijo es un caracolito muy tierno. Bueno, ya me voy —y se despidió de ellos.



Lucila se sentía muy confundida y pensó que estaba sola. De pronto, muchas preguntas llenaron su mente. Fue así como decidió visitar al Cangrejo.

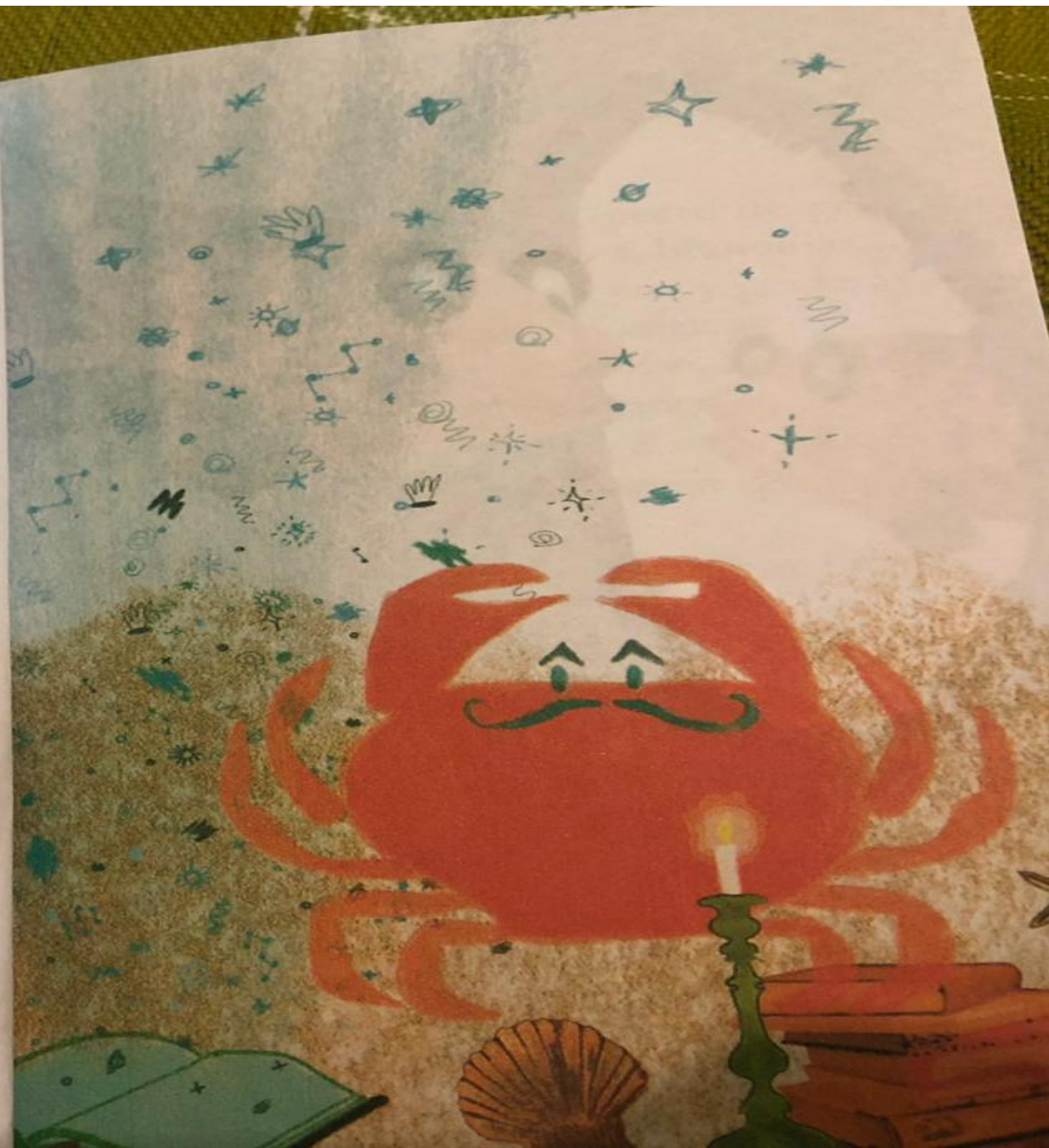


Se decía que él era muy sabio, pues podía responder preguntas muy complicadas. A Lucila le llevó un tiempo encontrarlo porque aquel era un animal solitario al que le gustaba mucho esconderse debajo de la arena; y bueno, todos decían que así fue como comenzó a hacerse sabio: escuchando las conversaciones de los espíritus que vivían en las profundidades del océano.

—Cangrejo, al fin te encuentro —dijo Lucila al descubrir una de sus antenas asomada entre la arena.

—¿De qué se trata, pececilla? —respondió el Cangrejo con voz ronca.

—Es que, es que... —Lucila apenas podía hablar entre lo ansiosa y lo cansada que estaba por haber nadado tan rápido—. ¡Es que acabo de descubrir que no sé quién soy!





—Claramente tienes aspecto de pez, mi pequeña. Aletas, escamas, branquias... Quédate tranquila, pues pez eres y pez serás —respondió con seguridad el Cangrejo.

—¡No, no! No se trata de eso. Es que, es que... quiero saber de dónde vengo.

—Creo que te vi llegar por el oeste, querida, del lado de allá —dijo el Cangrejo apuntando con una de sus patas traseras.

—No, no, tampoco se trata de eso. Es más enredado.

—Si de enredos se trata, te sugiero que vayas a hablar con el Pulpo; él sabe desatar nudos mejor que yo. Con sus tentáculos, es todo un experto.

—¡De nudos no se trata esto, Cangrejo! —dijo Lucila un tanto molesta—. Es que no sé cuándo ni dónde nací y tampoco tengo padres para preguntarles —y se entristeció.

—Comprendo... —dijo el Cangrejo—. ¿Cómo te llamas, pececilla?

—Me llamo Lucila. Y ahora que lo preguntas, ni siquiera sé quién me dio este nombre.

—Lucila, pequeña pez, creo que ha llegado tu momento de partir. No te preocupes, a tu edad todos los de tu especie se hacen las mismas preguntas.

—¿Partir? ¿Dónde? Me gusta mi roca y tengo amigos por acá. No me parece buena idea alejarme. ¿Qué pasaría si me pierdo y no puedo volver?

—“En la perdición habita la comprensión”, dice una canción. ¿Ves ese pequeño pasadizo que hay entre las rocas? Pues ve por ahí. Solo el río te podrá enseñar dónde naciste.

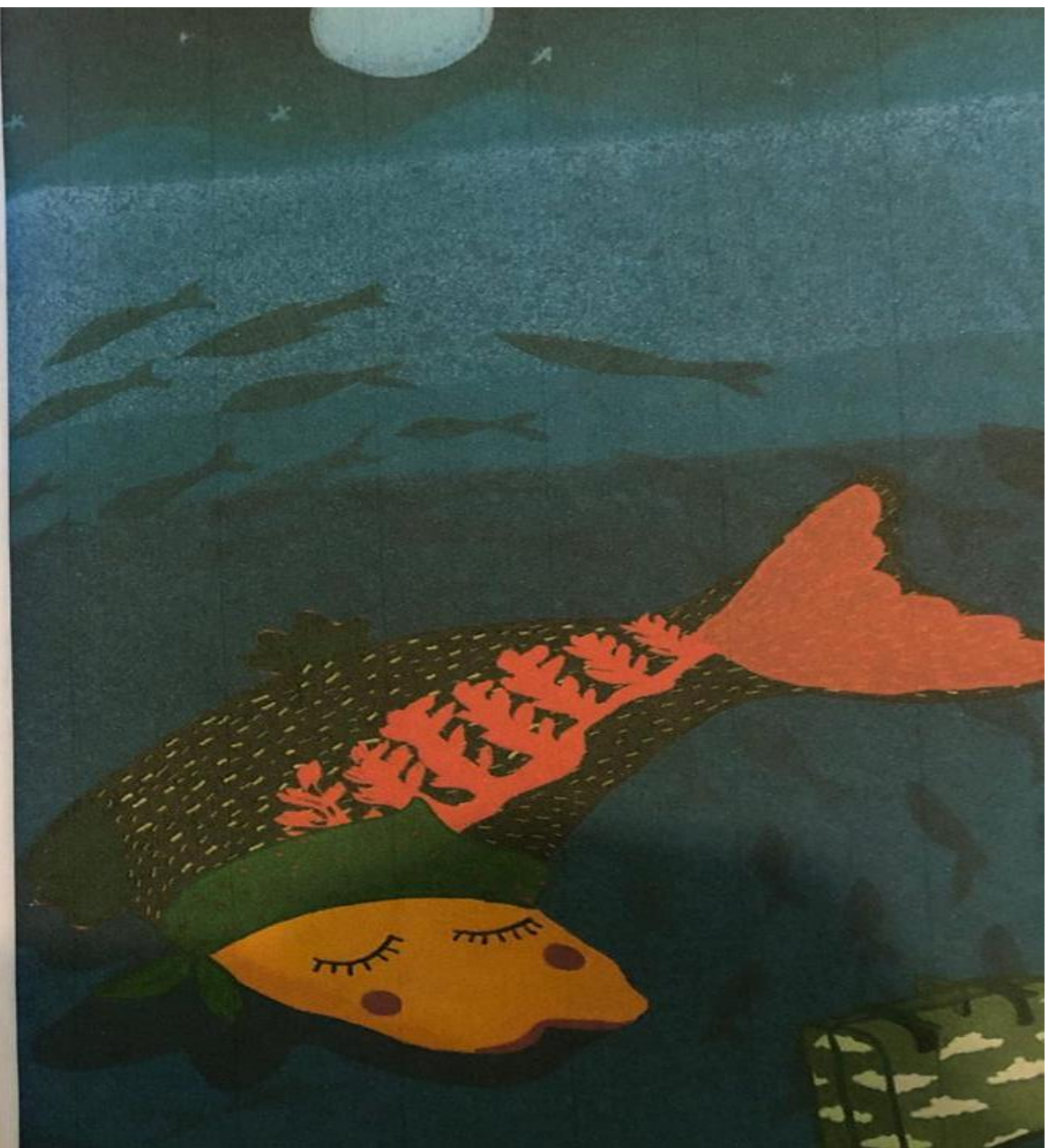
Al mirar el hueco que unía al río con el mar, Lucila sintió algo distinto a todo lo que había sentido antes. Ese hueco era como un imán que la atraía y no se podía resistir.



Entonces, no lo dudó más. Su corazón palpitó más fuerte que nunca, algo como electricidad recorrió su cuerpo y, de pronto, comenzó a nadar a toda prisa. Por fin podría responder todas las preguntas que se hacía.

No recordaba cuánto tiempo estuvo moviendo sus aletas sin parar. Pensó que el camino sería más fácil, pero la corriente del río era tan fuerte que, aunque aleteara con todas sus fuerzas, apenas lograba avanzar.

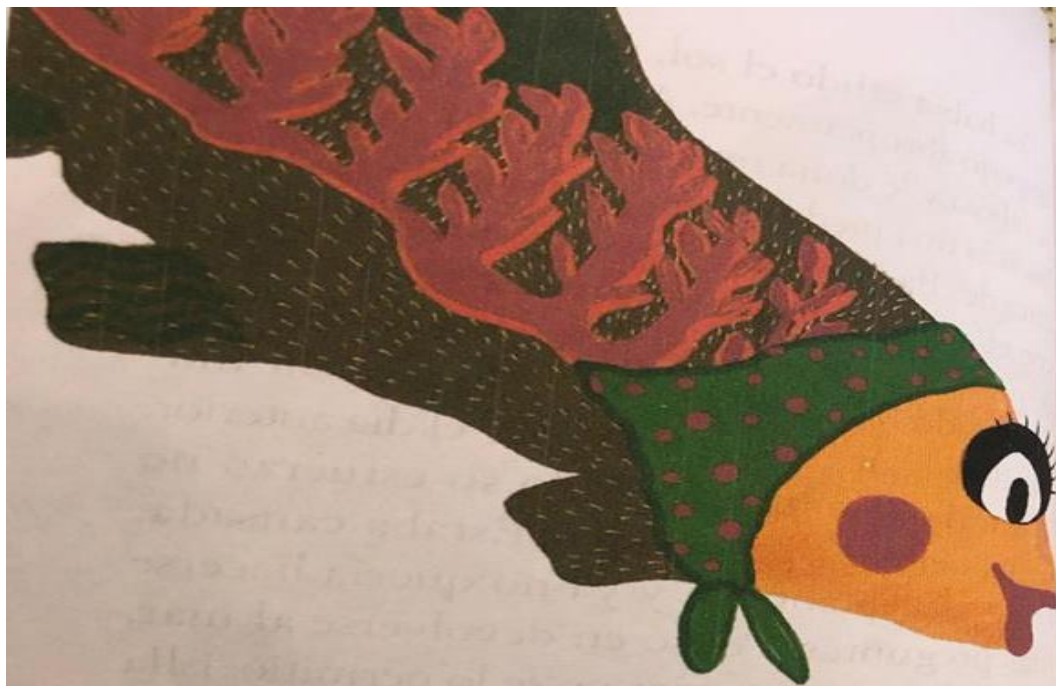
Pasó un tiempo largo y, de pronto, como en el interior de una almeja que se cierra, llegó la noche y todo se oscureció. Lucila estaba cansada; nunca había nadado tanto tiempo sin detenerse. Entonces decidió buscar un lugar donde descansar y se quedó profundamente dormida.





Ya había salido el sol, cuando la pececilla despertó abruptamente. Algo le había golpeado la cabeza y le dolía muchísimo. Al parecer había sido una piedra, pues podía escuchar muy cerca de ella el ruido que estas hacían al chocar con el agua. Decidió continuar su viaje, pero de pronto se dio cuenta de que el río la había arrastrado hacia atrás. No pudo avanzar mucho desde que comenzó a nadar el día anterior.

Lucila se molestó. ¡Todo su esfuerzo no había servido para nada! Estaba cansada, triste, decepcionada y ya no quería hacerse más preguntas. Pensó en devolverse al mar, pero algo en su interior no se lo permitió. Ella quería descubrir su origen a toda costa, aunque no tenía tan claro hacia dónde iba ni cuándo debía detenerse. Movida por un impulso invisible que no le permitió parar, miró hacia adelante y continuó nadando. Hasta que, a lo lejos, pudo divisar a un pez. Sintió mucha alegría al ver a alguien como ella y nadó fuerte para poder alcanzarlo.



—¡Hola, pez! Soy Lucila —dijo respirando muy rápido.

—Hola, me llamo Nicanor —le respondió el pez.

—¿Qué haces en el río? Pensé que no había de los nuestros por aquí.

—La verdad es que estoy buscando algo, pero no sé por dónde empezar.

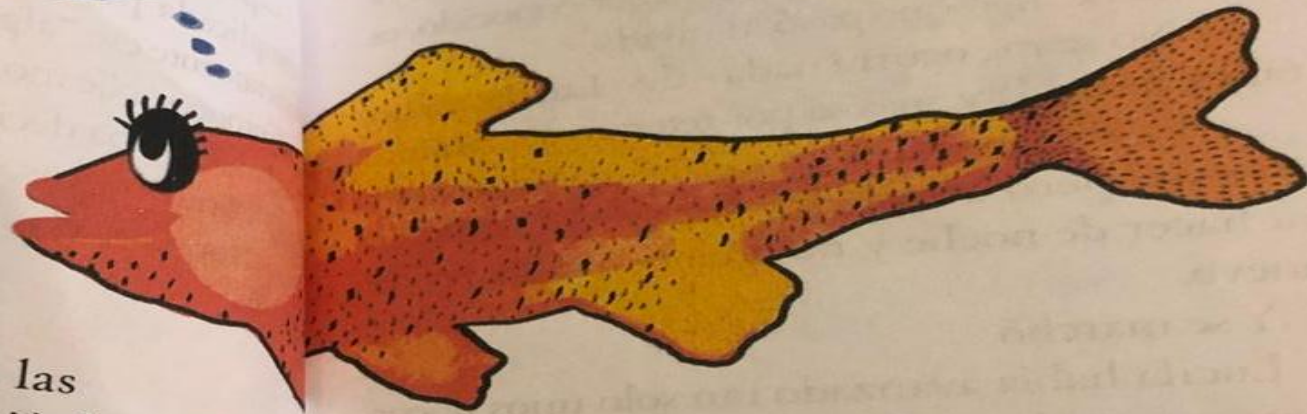
—¡Vaya! Yo también busco algo —dijo Lucila complicada por tener que explicar qué era exactamente ese “algo”.

Entonces, Nicanor le preguntó justo eso que a ella le costaba decir:

—¿Y qué buscas, Lucila?

—Bueno... eh... es un lugar —respondió tímida.





—Creo que es el día de las coincidencias porque yo también busco lo mismo.

—Sí, pero es que mi lugar es raro, especial —dijo Lucila mirando para abajo—. No vas a entender, te lo aseguro. Además, ni siquiera sé si ese lugar esté por aquí... Ay, perdón, me siento un poco incómoda, mejor me voy —y se dio media vuelta.

—¡Espera! Dímelo, quizás te puedo ayudar. Nadie se atreve a nadar a través del río porque sí. Eres muy valiente y eso me gusta.

—De verdad, Nicanor, fue un gusto haberte conocido.

Lucila no quería decir qué era lo que buscaba. Era muy triste para ella no saber dónde había nacido. Después de haber conversado con los caracoles, creía que lo normal habría sido recordarlo, pero estaba donde mismo.

—Bueno, está bien. ¿Qué tal si yo te cuento lo que busco? Quizás tú sí puedes ayudarme.

—No lo sé... Es mi primera vez en el río.
—La mía también. Veamos, adivina qué es lo que busco yo. No es nada que se me haya perdido, nada que recuerde haber conocido, es solamente algo que pasó al olvido.

—No se me ocurre nada —dijo Lucila, ya un tanto aburrida y ansiosa por retomar su camino.

—Parece que no te gustan las adivinanzas.

—Sí, pero ahora no. Estoy apurada, se va hacer de noche y no quiero retroceder de nuevo.

Y se marchó.

Lucila había avanzado tan solo unos pocos metros cuando escucho la voz de Nicanor a lo lejos:

—¡¡¡Yo busco el lugar donde nací!!!



Los ojos de la pececilla se abrieron tan grandes como el tremendo mar del cual venía y, ya sin dudarlo, se dio vuelta y respondió con alegría:

—¡Yo también! ¡Yo también busco el lugar donde nací! Es que pensé que esto de buscarlo era algo muy extraño y...

Nicanor la interrumpió:

—¡Vaya! No lo puedo creer. Esto sí que se pone interesante. No perdamos más tiempo y nademos juntos, ¿te parece? —dijo dando vueltas en círculos animadamente.

—¿Pero por dónde partimos?

—No sé. Mmm veamos —dijo Nicanor, y empezó a señalar con su aleta en distintas direcciones—: Por aquí, por allá, por ahí, por acá. El que salga a las tres es por donde se va. Uno, dos y...

—¡Hey! No, así no —lo interrumpió Lucila. De seguro se nos hará más fácil encontrar el lugar si es que lo buscamos juntos. Pero creo que para saber hacia dónde nadar tenemos que detenernos y sentir.

—Me parece una excelente idea, Lucila. Mientras más aletas haya disponibles, más rápido

podremos avanzar. Siente mi aleta, compañera, ¡chócala!

—No, no, no. No es eso, Nicanor —y se rio—. Cierra los ojos.

Pasaron unos cuantos segundos.





—Respira profundo. ¿Sientes algo? —dijo la pececilla a su nuevo amigo.

—Un poco de hambre, la verdad —respondió Nicanor.

—A ver, intentémoslo de nuevo. ¿Ahora sí?

—Es que me pica la aleta trasera. ¿Me ayudas a rasarla?

Lucila lo ayudó y en eso le dijo:

—Mira, Nicanor, así hay que hacerlo. Esto lo aprendí mirando a las medusas. Ellas cierran los ojos, sienten la corriente del mar en su cuerpo y luego comienzan a moverse despacio, sin detenerse ni retroceder. Para poder andar se abren y se cierran lentamente, como si estuviesen conectadas con el océano por un cordón, y simplemente se dejan llevar. Son capaces de vivir en la oscuridad del fondo marino sin perderse. Es verdad que son un poco engréidas, pero una de ellas una vez me contó que su especie es muy antigua y han logrado vivir cientos de años, sin desaparecer como los dinosaurios.



—¡Guau! —dijo Nicanor.

—Entonces, tratemos de sentir algo distinto a lo de siempre —continuó Lucila—. Es algo así como una electricidad. Como una corriente interior: un río dentro de ti que te dice qué dirección tomar. Gracias a eso pude llegar hasta aquí. Aunque siempre tuve que nadar en contra de la corriente, me di cuenta de que el río se mueve en una sola dirección; si no te resistes a ella, terminas volviendo al mar.

Nicanor miraba a Lucila con los ojos muy abiertos.

—Sí que sabes cosas —le dijo.

Ambos peces cerraron los ojos y, sin decir una sola palabra, empezaron a nadar río arriba. Parecía que el camino que tomaban era el más complicado de todos; estaba lleno de piedras, la corriente era fuertísima, y no había profundidad en el agua. Los peces nadaban de lado a lado. Con el aleteo de Nicanor junto al suyo, a Lucila le parecía que ir contra la corriente era más fácil. Ir juntos les había permitido avanzar mucho más rápido que antes.

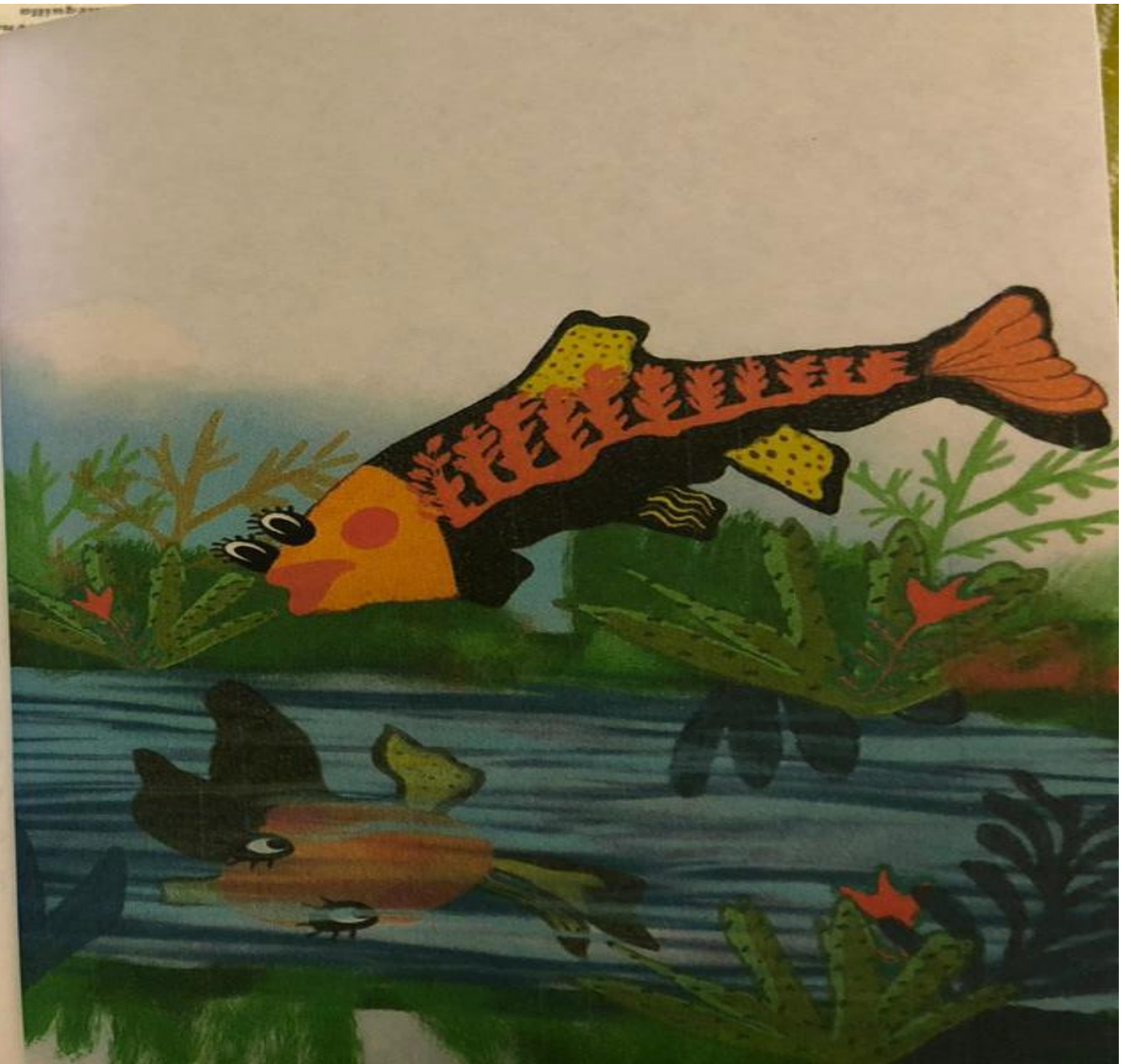
Los días pasaban volando y para ambos era muy divertido hacerse compañía. Mientras nadaban se contaron historias y anécdotas de sus vidas. Fue así como, al ver que tenían muchas cosas en común, se hicieron muy buenos amigos.

Un día, mientras jugaban a atrapar bichitos voladores, Lucila saltó fuera del agua y pudo ver su reflejo en el río. Cuando se miró quedó muy sorprendida. Su rostro y cuerpo habían cambiado, se veía más grande que antes, y sus mandíbulas estaban deformes. Incluso sus colores se habían vuelto más opacos. Lucila quedó impactada, no entendía qué le había pasado. Jamás había visto algún pez con esa forma, ni menos se había imaginado que su aspecto pudiese cambiar tanto. Muy triste, se fue a esconder detrás de una roca. De pronto, escuchó la voz de Nicanor llamándola.

—¡Lucila, Lucila! ¡Mira el bichito que encontré!

Ella no quería que su amigo la viera. Sentía vergüenza de sí misma, creía que estaba fea, que ya no era la hermosa pececilla de antes. Entonces, desde su escondite le gritó:

—Algo me pasa. Ya lo veré, pero por ahora necesito estar sola un momento y descansar.

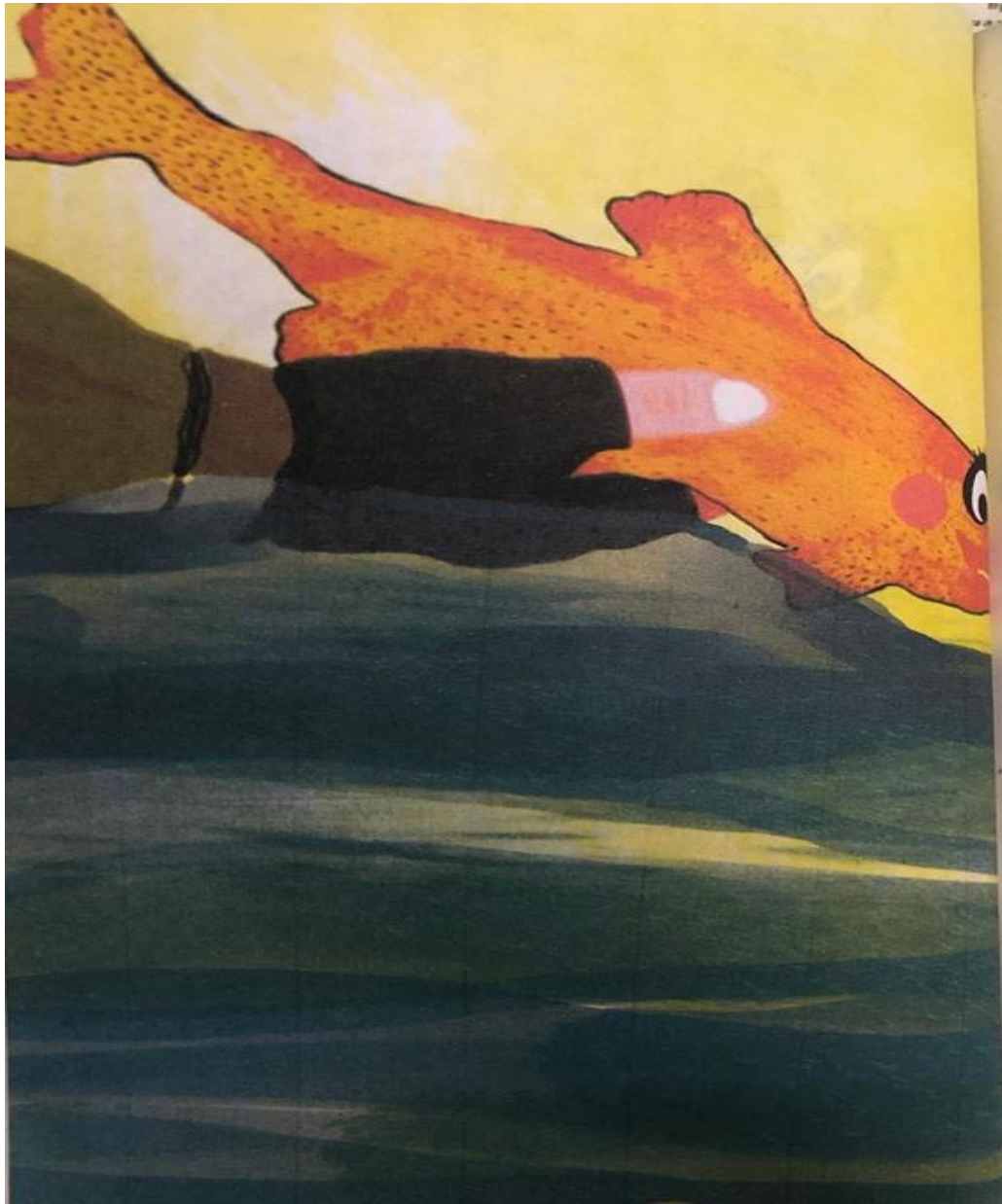




Nicanor no podía entender qué le pasaba a su amiga, y decidió seguir la dirección de su voz. Iba con el bichito que había encontrado para mostrárselo.

—Mira, Lucila, es un bicho precioso. Tiene tantos colores. Cuando lo veas te vas a sentir mucho mejor.

Lucila continuaba escondida; de repente Nicanor fue arrastrado por algo invisible. Rápidamente salió tras de él, pero no lo pudo encontrar.



Nicanor sintió las manos tibias del hombre, quien suavemente le sacó el anzuelo de la boca. Frente a sus ojos apareció un mundo nuevo, lleno de colores y formas nunca antes vistas y con muchos detalles. La sensación húmeda de su cuerpo frío se convertía en suavidad y calor hasta que, de pronto, se dio cuenta de que no podía respirar. Comenzó a agitar su cola tratando de escapar y el hombre que lo sostenía se acercó nuevamente al río para liberarlo.

Ya de vuelta, Nicanor escuchó la voz desesperada de su amiga, que lo estaba llamando.

—¡Por aquí, Lucila! —contestó el pez.

—¿Qué pasó, Nicanor? ¡Desapareciste de repente! ¿Dónde estabas? Sentí mucho miedo cuando te vi tan lejos. Pensé que te habías enojado porque no quise ver el bichito.

—¡Acabo de vivir la experiencia más extraordinaria de mi vida! El bicho que agarré

me llevó fuera del agua. Un animal gigante me tomó, acarició mi lomo, me miró con sus enormes ojos y luego me liberó. Al principio me asusté muchísimo, ¡no podía respirar!, pero al mismo tiempo estaba tan contento. Vi todo lo que existe allá afuera, ¡es alucinante!, ¡magnífico!, ¡tremendo! Un mundo diferente, de verdad. El calor te quema y su luz es mil veces más fuerte que acá abajo.

—¡Qué lindo! No sé qué decir...

—¿Y a ti, qué te pasó? ¿Estás enferma?

—Mírame, mi cuerpo está extraño. Cuando salté pude ver mi reflejo, hace tiempo que no lo hacía. Mis mandíbulas están deformes, me veo fea. ¡No quiero que me veas! —y se fue a esconder nuevamente detrás de la roca.





—Lucila, sí, estás un poco distinta, pero sigues siendo muy bonita. Nunca había visto a alguien con tus colores. Cuando hablas, tu voz parece de sirena, como si estuvieras cantando cada vez que dices algo. Una vez, un cangrejo me dijo que la belleza real no tiene que ver con lo de afuera sino con lo de adentro, no en tu vientre, claro. No sé si entiendes... Me dijo también que te das cuenta de que existe cuando ves a alguien hacer cosas buenas, como ayudar a los demás. Por ejemplo, ahora que te preocupaste por mí y saliste a buscarme. Aunque... yo no vi nada de adentro, pero sí me parece que lo que hiciste fue muy lindo. Para mí no hay nada mejor que eso: lo amigable y valiente que eres, Lucila, bueno y un poco de lo de afuera también, tus ojos grandes y brillantes.



El corazón de Lucila palpitó tan fuerte, que un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Y de pronto, con un destello de luz, miles de huevos aparecieron a su alrededor. Era maravilloso. Ambos peces los miraron y comprendieron

que eran sus hijos. Con aquellas palabras tan sinceras, Nicanor había permitido que eso sucediera. Era la magia de los dos que se habían enamorado. Y, al igual que los caracoles, habían creado juntos miles y miles de hijos. Lucila y Nicanor se abrazaron muy alegres.

De pronto, algo llamó su atención. Sobre la roca, entre medio de los pequeños huevos, se podía distinguir una caracola bastante grande de color dorado. Lentamente comenzó a acercarse. Cuando ya estaba muy cerca, empezó a vibrar como un reloj despertador. Los peces la miraron extrañados, tratando de entender qué le sucedía. Entonces, escucharon un murmullo y se acercaron un poco más para poder oír con claridad lo que les decía desde su interior:

“Tu origen será el final y el comienzo de tu historia”.

El molusco estiró su cuello, amplió sus antenas, miró a los peces y dijo con voz fuerte y pausada:

—¡Qué bueno es verlos regresar! No todos los peces logran hacerlo, créanme. ¡Qué alegría me da tenerlos acá por segunda vez!



—¿Pero cómo? —dijo Lucila—. Nosotros nunca habíamos estado aquí.

—Eso es lo que ustedes creen. Sucede que no lo recuerdan porque eran muuuuuuy pequeños, iguales a ellos, sus hijos —dijo apuntando los huevos.

Los peces sonrieron.

—¡Si eran un poco más grandes que un grano de arena! —continuó la caracola—: Cuando ya eran lo suficientemente ágiles como para nadar hacia el mar, se fueron tan rápido, que desde ese momento algo me hizo pensar que lograrían volver a este lugar. Nicanor, tú naciste muy cerca de aquí. ¿Ves esos arbustos verdes y burbujeantes por allá? Esa es la poza en la que naciste junto a tus hermanos.



Y a ti, Lucila, te vi nacer tal como veré nacer a estos huevos en este mismo lugar. De todos tus hermanos fuiste la más chiquitita y la más brillante. Por eso te nombré Lucila, que significa “pequeña luz”.



—¡Vaya! Es increíble —respondió Lucila emocionada.

—¿Lo ves, Lucila? Te dije que lo lograríamos —dijo Nicanor.

—Finalmente, el Cangrejo tenía razón. Solo el río nos podría enseñar de dónde vinimos. Pero lo dudé tantas veces, ¡y ahora al fin estoy aquí!

—Te lo dije: si se tiene confianza, nunca se perderá la esperanza —dijo el pez sonriendo.

—Fue tan difícil nadar por este lugar desconocido. Ahora entiendo por qué necesitábamos hacerlo.

—Siempre tan sabia, Lucila. Lo que es yo, me divertí tantísimo. ¡Y mírame! Nadar contra la corriente me hizo más grande y fuerte. Estoy musculoso, ¿no crees?

—Sí, Nicanor. En este viaje, lo mejor que me pudo haber pasado fuiste tú —Lucila se sonrojó.

—Y tú a mí, Lucila —respondió abrazándola.

En ese momento, ambos sintieron una alegría infinita. De pronto, con un suspiro se convirtieron en polvo de colores, lentamente cayeron sobre los pequeños huevos y fueron su primer alimento. A partir de ahora serán cuidados por la Caracola hasta que nazcan y luego naden hacia el mar. Crecerán para después volver al río a poner sus huevos, repitiendo la historia de sus padres. Pero nadie se pondrá triste porque cada uno de los pececillos tendrá algo de Lucila y algo de Nicanor. Ellos fueron el primer alimento de sus vidas. Esto también lo habían hecho sus abuelos con sus padres. Y así es cómo, en el corazón, todas las generaciones se mantendrán invisiblemente unidas para siempre.



EL CICLO DE VIDA DEL SALMÓN DEL PACÍFICO



LOS SALMONES SON peces extraordinarios. Nacen en el río, en las faldas montañosas, muy lejos del mar, y desde su nacimiento deben surtir diversos obstáculos para alcanzar su objetivo: conquistar las aguas saladas del océano.

En un principio son muy pequeños: no superan los diez centímetros de largo. Cuando son jóvenes, se dejan llevar por la corriente del río que los lleva al océano, donde pasarán su adultez y alcanzarán un peso promedio de dos kilos y medio, y un largo de sesenta centímetros. Al empezar a envejecer, los salmones nadan contra la corriente hacia su lugar de origen para procrear, pero esto les produce graves daños físicos. Debido a la fuerza que ejercen para avanzar, además de los choques y cortes que les infligen las piedras durante el trayecto, sus cuerpos cambian

mucho. El efecto más notorio es la deformación de sus mandíbulas y el cambio de color de sus escamas, esto último debido a la exposición a los microorganismos del río.

Hay algunas especies que son más fuertes y logran realizar este recorrido más de una vez a lo largo de su vida, pero la gran mayoría muere luego de reproducirse, debido al importante gasto de energía que realizaron en su travesía hasta el océano. Cuando llegan a su destino, la hembra deposita sus huevos en el terreno por donde corren las aguas del río; en seguida, el macho los fertiliza con su esperma y, una vez finalizada esta acción, la hembra los cubre con piedrecillas o arena para protegerlos.

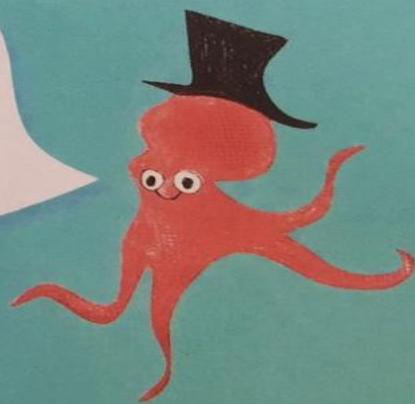
Es curioso que los salmones regresen al mismo lugar en el que nacieron para reproducirse, pero esto tiene una razón. Luego de morir cumplen una importante función, ya que sus cadáveres, al descomponerse, generan microorganismos que servirán de alimento para las crías que nacerán.

+ 7 años



Una pececita salmón
emprenderá el viaje de
su vida para descubrir de
dónde viene. Con ayuda
y consejos de diversos
amigos marinos, **recorrerá**
muchos kilómetros y vivirá
aventuras inesperadas,
que la llevarán a encontrar
lo que siempre **buscó**.

Para **conocernos**
mejor es necesario
seguir ese **impulso** que
nos hace **avanzar**.



N 978-956-363-228-6



9563 632286



NATURALEZA



MIGRACIÓN



AMOR



CIENCIA